

# **CARIÑENA**

**Antón Castro**

## 1

Llegué a Cariñena por azar, por puro desconcierto y por necesidad. Tenía diecinueve años y acababa de irme de casa. En realidad me había marchado a casi mil kilómetros de distancia huyendo de algo que parecía no tener escapatoria posible: el servicio militar. Apenas tres meses antes, hacia finales de junio, había realizado un viaje de fin de estudios por Zaragoza y Barcelona, y me hablaron de que a orillas del Ebro, en el Casco Histórico, existía una comunidad de objetores de conciencia. Un día preparé una pequeña bolsa con mis pocas cosas –dos pantalones vaqueros, algunas camisas, ropa interior y algunos libros- y tomé el tren hacia Zaragoza. No logro recordar cómo me atreví a hacer todo lo que hice: estaba sobrecogido por el miedo y la incertidumbre, y tenía la sensación de que no sabía hacer nada. Absolutamente nada. Era consciente de que mi título de Técnico

Especialista en electrónica no me iba a servir para sobrevivir (me daba pánico la corriente y tampoco me gustaba el oficio), y con respecto a mi familia intuía que también había emprendido un camino sin retorno. El día que me despedí, mi padre pintaba unas ventanas. Creo que jamás me había pegado en la vida, pero entonces lo habría hecho bien a gusto; no se atrevió, desde luego, y creo que fue la única vez que vi cómo las lágrimas le empañaban los ojos. Ni mi madre ni él lograban entender por qué me iba. “Todos hemos hecho el servicio militar, yo estuve tres años en Melilla, y aquí estoy. Nadie te come allí. Tienes que alejar de ti ese mal moral”. Esa era su expresión y su tentativa de consuelo.

Con la ayuda de otro objetor amigo, me convertí en un amable “okupa” que sintió de inmediato la urgencia de aportar algo a aquella suerte de comuna de artesanos del cuero, del macramé y de la cestería. A las cuatro o cinco

semanas, cuando ya había aprendido los mejores secretos de la cocina vegetariana y de los distintos aceites, especialmente del de maíz, un compañero, Ramón, que tenía aire de místico intemporal, me dijo que estaba a punto de empezar la campaña de recogida de uva de Cariñena y que “allí siempre necesitan gente”.

No era la primera vez que oía aquel nombre: Cariñena. Cariñena. Tierra de vinos: fuertes, de grado, ideales para el jamón, las carnes, los olorosos y densos quesos. Nada que a mí me gustase. Pregunté que se exigía, y otro compañero, Jesús, que era un auténtico artesano-artista capaz de copiar a Picasso, a Monet y a Dalí con maestría, me dijo la palabra clave: farcino. Aquella navaja menuda, casi como una daga o un pequeño alfanje, que se utilizaba para cortar los racimos. Busqué uno en varias tiendas del Mercado Central, en ferreterías y, aunque parezca extraño, encontré uno en un quiosco de la calle Bretón.

Indagué un poco y me confirmaron que debía hacer autoestop en dirección a Cariñena a la altura de la gasolinera de Valdespartera. El poco tiempo que llevaba viviendo en Zaragoza me había dado para mucho. Por ejemplo, para salir todos los días muy temprano en bicicleta hacia ese lugar con el objeto de contemplar el cielo antes de que saliera el sol: uno de mis compañeros, ante mi insistente dolor en la vista, me recomendó que hiciera eso y que lavase luego los ojos con agua de una fuente próxima. Y yo lo hacía sin pereza alguna y sin plantearme si aquella práctica tendría un verdadero razonamiento científico. Eran tiempos de credulidad absoluta y de esoterismo, y además estaba muy lejos de casa para volverme exquisito.

El día que salí a hacer autoestop hacia Cariñena, en octubre de 1978 ya, era espléndido. Luminoso. Parecía un día abonado a las grandes esperanzas. Con todo, la cosa no empezó

demasiado bien. En la carretera, nadie se detenía. Me acerqué a la gasolinera, e iba preguntando a los conductores: todos se quedaban en Muel, en Alfamén, en Longares, iban en dirección a Fuendetodos, Botorrita o Jaulín. No podía retener entonces tantos nombres. El dueño de la gasolinera pareció compadecerse de mí: yo no parecía un tipo con demasiadas agallas ni con mucho poder de convicción. Tampoco parecía peligroso ni un hippie: llevaba una impoluta camisa blanca que se había “planchado” en el propio tendedor. Tendía de noche y escurría la ropa con toda la humedad posible: así vencía las arrugas. Empezó a preguntarme: hacia dónde iba, qué andaba buscando, de dónde era, qué se me había perdido en Cariñena. Y sería él determinante en mi primer viaje a Cariñena: convenció al conductor de una furgoneta que iba a Daroca para que me llevase. Y no solo eso. Me dijo:

-Pregúntale lo que quieras saber. Es el repartidor de ultramarinos de esa zona. Y ellos lo saben todo.

Casi no le pregunté. No sé quién de los dos estaba más cohibido. Si el conductor, que era joven también y que estaba impresionado por el favor que acaba de pedirle el dueño de la gasolinera, o yo, que no sabía muy bien por dónde empezar.

Al final, cuando estábamos llegando, me dijo:

-¿Eres familiar de don Joaquín?

-¿Don Joaquín?

-Sí, don Joaquín Catalán, el arquitecto y dueño de la gasolinera. Es un tipo especial.

-Acabamos de conocernos.

Ya no tuvimos tiempo a decirnos mucho más. Me dejó en la gasolinera que está al final o la

entrada de Cariñena, según se mire. Poco antes de seguir su marcha, me dijo:

-Debes ir al bar de la plaza. Allí es donde se reúne la gente que busca trabajo en la vendimia.

2

No me había hecho ninguna idea de Cariñena. Ni siquiera había dejado volar mi imaginación. El vino también estaba asociado a mi padre: a veces, algunas noches recibía un remolque de uvas de Zamora, y luego él iba destilando. Preparaba vino para todo el año: un vino intenso y tinto que cada vez que caía sobre el mármol o el terrazo dejaba su huella. Una huella imborrable, como un cuadro abstracto, que enojaba a mi madre. Mi padre estaba muy feliz con ese vino: bebía una botella entera en cada comida. Siempre. Jamás se emborrachaba, y le encantaba invitar a sus amigos. A mí siempre me parecía un vino con algo que aprendería a definir pronto: tenía un punto de aguja. O de gas. Mi padre hacía vino tinto, algo de vino blanco y también aguardiente. Cuando quería ensalzar la calidad de sus orujos, para mí demasiado turbios, aseguraba que tenían pocos grados. Menos de

veinte, aunque yo sospechaba que tendrían más de cuarenta. Dos copas eran su primer desayuno. La única vez que lo vi chisposo sería algunos años más tarde, en Navidades, tras beber una copa de champán antes de la cena.

Desde la gasolinera hasta la plaza del pueblo había un poco menos de medio kilómetro. Cuando llegas a un lugar extraño, todo te parece más grande y mucho más largo. Aproveché la caminata para fijarme en todo: en las casas, en las huertas y las eras, en los almacenes, en algunos rótulos y carteles de bodegas y viticultores, y me fijé en las lomas que se ofrecían en lontananza. Los viñedos parecían escalar suavemente hacia lo alto de la colina, donde el horizonte y el cielo se encontraban para acotar el mundo y aquel día de sol. Se diría que había un peine invisible de viento que alisaba las matas. Me hice a la idea de que esos campos iban a ser mi primer lugar de trabajo: se veían las oscuras manchas de los racimos,

aunque en algunas fincas ya parecía que hubieran recogido la cosecha.

Lo más impresionante de todo, más allá de los viñedos, era la torre de la iglesia: una torre-campanario octogonal, de cuatro alturas, que se alzaba, recta y afilada, como un bastión del pueblo. La columna era el estandarte con el esplendor de sus matacanes y un conjuro contra cualquier maleficio. Se construyó en 1375, más de tres siglos antes que la iglesia de la Asunción. Durante los próximos días, más que algunos nombres y algunas bodegas –Isiegas, Suso, Cameo, Ramón, Aguilar, y algunos otros-, la torre iba a ser la referencia fundamental para moverme por Cariñena. Fue adonde fuese, allí estaba, como si me esperase o como si me indicase que no me alejara demasiado. Que ella sería el testigo de mi primer empleo.

Me fui al bar de la plaza. Intento recordar cuánto dinero tendría entonces. No podía ser

mucho, desde luego. Pedí coca cola y le pregunté al camarero:

-Me han dicho que se necesita gente para recoger la uva. ¿Sabría usted decirme con quién tengo que hablar o dónde tengo que ir?

El hombre me miró de arriba abajo. Me pareció una exploración infinita, tan minuciosa como descarada y lenta. Y de repente gritó hacia una mesa:

-Pascual. ¿Dónde podría enganchar este mozo?

Pascual, agitanado y grandullón, me miró. Se levantó y se dirigió hacia mí con esa seguridad desafiante y chulesca de quien domina el escenario y mira con recelo al intruso.

-¿Tienes farcino?

Se lo mostré.

-¿Has trabajado alguna vez? Esta no es tarea para flojos...

Le mentí.

-¿Tienes colla?

-¿Colla? ¿Qué quiere decir?

-Sí, colla. Grupo, patrulla, equipo... ¿vas con alguien?

No tenía a nadie. Por supuesto.

-Lo mejor es que vayas con alguien.

Pascual se dio media vuelta y se olvidó de mí. Y el camarero parecía que también. Sin embargo, poco después apareció un chico, de mi edad más o menos, y le dijo:

-Acompáñalo a las casas de los bodegueros. A ver si necesitan gente... -El camarero se dirigió a mí con amabilidad-. Ya me pagarás. Seguro que te veré mucho por aquí.

Miró al joven y le musitó:

-Pregúntale a Francisco Isiegas, sobre todo.  
Este chaval está completamente perdido en  
Cariñena. Alguien que lleva una camisa tan blanca  
parece de fiar.

